

Mi vecino Alfredo

Encorvado hasta reducir parte de su respetable presencia, mi vecino ofrece galletas, café y una sonrisa para acompañar. Agradece la visita en tales circunstancias, sin embargo, acierta con la frente en alto una recuperación. El vibrar de su voz, aunque opaco por cada gramo de vida que intenta escapar, mantiene aún su alegría. Y un golpeteo de recuerdos de toda clase, afirman el latido que se niega a sucumbir...

Al conteo de cinco otoños regresaba a mi vieja vecindad. La calle de escaleras infinitas era un paseo monótono que abruptamente desapareció cuando entre la pila de casas relucía un nuevo jardín. Verde entre las enredaderas hasta el riquísimo césped; castaño por los troncos y piedras adornadas a voluntad, y las flores, que entre tamaños y voces explotaban un caleidoscopio. Mamá y yo observamos fascinadas el pequeño edén haciendo una pausa en el acarreo de muebles, y de nuestra intrusión salió Alfredo. La primera impresión fue confusa, un hombre de cuatro o cinco décadas, fuerza en cada paso, de casi dos metros de altura y una robusta musculatura nos miraba alegre hasta lo dorado, sonriendo y enseguida se dispuso a ayudarnos.

Ocasionalmente nuestro buen vecino cargaba por nosotras cualquier tipo de objeto pesado, desde bolsas de mandado hasta muebles. Pronto comenzaron las charlas, solía abrir sus emociones sobre lo difícil de su vida privada, sin embargo, siempre ponía sobre su rostro una sonrisa y seguía.

En una ocasión mi hermana se ponía pijama, y al filo de la ventana una sombra la veía. Mamá avisó a nuestro amigo, que acudió y pegó tiros al aire para ahuyentar al perverso. Nos alarmó la idea de que poseyera un arma, aunque explicó que durante su juventud había servido como policía hasta llegar al grado de capitán. Así emergió otra historia, la de su servicio a la patria: desde joven palpitaba vigor y el deseo de ayudar, de ahí su ingreso al cuerpo policial, que en frutos de entusiasmo lo llevó por paisajes y ascensos. Después comenzó sus estudios en derecho, que lo han visto desenvolverse entre casos y la docencia.

Según todas sus anécdotas, el placer más grande de aquellas aventuras siempre fue extasiar su paladar. Probó cada platillo de extraño nombre o apariencia, sin embargo, en algún momento su estómago respingó, y comenzó a padecer una terrible gastritis. Aun así, fue justamente hace un año cuando salvó a mamá...

La asfixia sin motivo aparente le llegó a mi progenitora una madrugada. Entre la palidez y el desmayo, nuestro vecino y amigo la llevó a urgencias. Podría afirmar que fue esa la única ocasión, sin embargo un par de meses transcurrieron hasta que la enfermedad cedió. Entre tanto,

algunas ocasiones más estuvo las lunas para nosotras, incluso en los peores dolores de estómago.

Semanas más tarde se mudó y los colores de la calle se ausentaron diludamente, hasta que una tarde tuvimos noticias. Una vez más su vida personal se había espinado, y la realidad sólo se ensombrecía más: aquella gastritis siempre fue un cáncer, que debido a su disfraz era ya terminal.

Meses han pasado desde la noticia, y otras más sobre su estado: encontró una esposa firme y audaz y ha tirado en paz cada pequeña piedra que en cualquier vida se forma. En nuestro último encuentro de visita a su nuevo hogar relato sobre su vida y el servicio de amor a quienes a su alrededor lo necesitaron. Aún encorvado y pausado se alegra, sonríe, bromea; las esperanzas de Hipócrates apuntan negativas y resiste, desafía, celebra la victoria anticipada de una respuesta incierta: su propia vida.

Luna